

Leer en clase la actualidad

José Luis Corzo

Profesor de Pedagogía de la Religión.
Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid.

Que hay que meter la vida en la escuela y abrir las ventanas para que entre todo lo que pasa en el mundo o, mejor, poner la escuela en mitad de la plaza, al lado del quiosco, al alcance de chicos y grandes, y enchufar los focos para iluminarlo todo y entenderlo mejor y colocarse frente a ello... ¡lo sabemos hace mucho! Aunque no es fácil.

Son tantas las razones para no meter los periódicos hasta en la escuela, que todavía no me creo, lector, que esto te interese. Que exagero ¿me dices? Dispuesto como estarás a innovar y reformar la escuela, no vacilarás siquiera ante este nuevo truco apara avivar el interés de los chicos y chicas de tu clase; para motivarlos, como ahora se dice, y para acercarlos a la vida real.

Y «¿cómo queréis que os diga que hay cosas que prefiero no saber?», protestaría don Miguel, el rector, Unamuno, de Salamanca. Que «la lectura del periódico no me hace ni más sabio ni más bueno», argüiría Goethe, el poeta más grande de la lengua alemana, tal vez contra la sentencia de su compatriota Hegel: «La lectura del periódico es la oración de la mañana».

«Me aterra la proposición de que se lea el periódico en la escuela», escribió Ortega y Gasset en marzo del año veinte contra un diputado a Cortes que lo pre-

fería a la lectura obligatoria del Quijote (por Real decreto del año 1921). No se daba cuenta el diputado, comenta Sciascia, el escritor italiano contemporáneo, que la lectura del diario «más que una preparación para la vida, lo es, más bien, para la efímera y lábil mentira cotidiana».

«Realmente, añadiré Borges, la idea de que cada veinticuatro horas ocurra algo importante es absurda... ¡Si hasta me hacen entrevistas a mí! ¡Están desesperados!». Aparte la modestia del argentino, la frase no alude al mayor de los males implicados en la información. Jean François Revel arranca en su libro *El conocimiento inútil* con esta afirmación: «La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira». No es extraño que Bertrand Russell nos haya fijado a los profesores un verdadero objetivo laboral: «Que las escuelas elementales enseñen el arte de leer los periódicos con incredulidad».

Bajo una campana luminosa y sonora, un verdadero paraguas informativo, compuesto de múltiples pantallas y altavoces (radio, publicidad, cine, televisión, prensa...), la tecnología informativa tiene la exclusiva para re-producir la realidad a no mucha altura sobre nuestra cabeza. Desde cualquier llanura o monte de la tierra, basta alzar la vista y espabilar el oído para contemplar en el in-

terior de esa campana la imagen de lo real, que nuestros contemporáneos (y nosotros) cambiamos fácilmente por lo real mismo.

Las mismas noticias aparecen en todas las pantallas emitidas por cuatro o cinco grandes agencias transnacionales (AP, UPI, AFP, Reuter y Efe) y rebotadas de la tierra al satélite y de éste a los ordenadores de mil distribuidores de noticias; hasta llegar a los sesudos semanarios de información económica o política, o a los frívolos relatos para el sexo o el corazón aburrido de las masas. Todo viene empastado en el género impersonal de la noticia, como un género indiscutible de la verdad contemporánea. Está sujeta, sin embargo, a tres distorsiones insoslayables: la deformación inocente o maliciosa de lo sucedido, la desaparición de realidades que nunca salen en las pantallas de la imagen, y la producción de nuevas realidades, más icónicas que verdaderas, pero capaces de generar nuevas realidades bajo la campana de la aldea.

Toda una «ingeniería del consentimiento» de esas «hordas asilvajadas» (como escribió Noam Chomsky), a las que el dictador guarda con el palo, y la democracia, con una sabia libertad dirigida por el «libre flujo de la información» (como defiende en la UNESCO Mayor Zaragoza).

Pero un inmenso flujo transnacional acumulado cada vez en menos manos. El sólo intento de controlarlo desde un *nuevo orden mundial de la información y la comunicación* (NOMIC) hizo saltar de la UNESCO a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña en 1985. Todavía no han vuelto.

Pocas cosas hay tan minoritarias como la opinión pública, tan minuciosamente elaborada en laboratorio, gracias a la moderna ingeniería de la telecomunicación, combinada con el libre mercado de la información. Maxwell había pronosticado que el siglo xx había pertenecido a los amos de la energía y el xxi iba a ser de los propietarios de la información.

La guerra del Golfo señaló el tránsito de uno a otro siglo. Provocada por la energía, se jugó en los medios. Una sola cadena televisiva norteamericana ejerció la exclusiva de la retransmisión (reproducción) de la guerra para el mundo entero. Antes, se convirtió a Sadam Husein de aliado en enemigo número uno de la civilización; durante, no logramos saber, ni siquiera hoy, el número fiable de víctimas; después, hemos llegado a dudar de quién derrotó a quién, al ver a los americanos azuzar a los kurdos contra Husein y echarles bocadillos desde los helicópteros, ya que no podían inmiscuirse en los asuntos de un país extranjero al que acababan de masacrar. Después, hemos visto desaparecer al general Schwarzkopf, al propio presidente Bush, y a Sadam quedarse, tras una segunda mano de bombas de

repaso, y ser reelegido por su pueblo hasta pasado el dos mil, a pesar del bloqueo internacional.

Algunos «se dejan engañar por artificios tipográficos o sintácticos; piensan que un hecho ha ocurrido porque está en grandes letras negras; confunden la verdad con el cuerpo 12» (Borges). Pero nosotros, los profesores, no. Y ya no podemos abandonar a nuestros alumnos sin avisarlos de todo esto y ayudarlos a desenmascarar.

Cuando escribí *Leer periódicos en clase* no hice más que recoger la experiencia de muchos años en la Casa-Escuela Santiago Uno de Salamanca, leyendo noche tras noche los diarios con los chicos. Y recomendé especialmente la doble lectura: de la actualidad, por un lado, y de su envase, por el otro. Es decir, qué pasa y por qué nos lo cuentan así; cuánto probablemente se callan y cuánto añaden, etc.

Fue una buena recomendación, porque todavía encuentro muchos maestros y escuelas que no meten la actualidad en clase o lo hacen sin enseñar a dudar de quién informa en los periódicos, las radios y las televisiones... (El día de los funerales de Rabin comprobé que muchos centros españoles de enseñanza media no habían dicho a sus alumnos ni una palabra el respecto).

Pero, tras esa doble recomendación, todavía me queda dentro una preocupación: ¿podemos hacer algo más que enterarnos en la escuela de lo que pasa y de que pasa también eso de contárnoslo así? La actualidad provoca y lla-

ma a nuestra conciencia y, si no buscamos reacciones positivas, terminará por aburrirnos o frustrarnos. ¡No hay nada que hacer!, nos dice el conformismo. Enterarse, casi casi puede convertirse en un ejercicio de cinismo: saber todo lo que pasa y quedarse igual.

Durante varios meses de 1993 escribí en la revista *Vida Nueva* una columna con esa preocupación: *Estaría muy contento si supiera brindar tanta reacción cuanto información. Ayúdenme.*

Desde hace un año escribo en la revista *Pastoral Juvenil* un comentario mensual sobre *Acontecimientos* de actualidad en clave educativa y cristiana. (A los cristianos también les afecta ¡y mucho! la actualidad. Es en ella donde anuncian que Jesús ha resucitado y está vivo). Hay un trecho común para recorrerlo juntos, creyentes y no creyentes, ante la tarea de *educarse a sí mismos* y favorecer la educación ajena en medio de esta tierra de hoy.

Acabo con un ruego: que me ayudéis a explorar y mejorar las técnicas de meter la actualidad en clase, pero no al servicio de la propia escuela, sino al servicio de la actualidad. ¿Cómo utilizar la prensa en Geografía o en Lengua?, se preguntan muchos, cuando la pregunta es a la inversa: ¿cómo emplear la Lengua y la Geografía para comprender la actualidad y colaborar a transformarla? **A**

Notas

1. Ed. Popular, Madrid 1992, 3ª.